

Belzec

Rudulf Reder

“Yo estuve en el campo de muerte desde agosto hasta finales de noviembre de 1942. Este fue el período de la asfixia en masa de los Judíos. Unos pocos de mis compañeros de infortunio, los pocos que se las arreglaron para permanecer allí más tiempo, me dijeron que la mayor parte de los transportes de la muerte ocurrió durante este período. Llegaban todos los días, sin interrumpirse tan siquiera un día, habitualmente tres veces por día, con cincuenta vagones en cada tren, y en cada vagón cien personas. Cuando los transportes llegaban por la noche, las víctimas de Belzec esperaban dentro de los vagones cerrados hasta las seis de la mañana. En promedio, diez mil personas eran llevadas a la muerte cada día.

[...] Con cada transporte, era todo igual que como había sido con el mío. Se les ordenaba desvestirse, las pertenencias quedaban en el patio, Irrman siempre pronunciaba su engañoso discurso, y siempre el mismo. La gente siempre se animaba en ese momento, y yo veía el mismo brillo de esperanza en sus ojos. La esperanza de que fueran a trabajar. Pero un instante después, los pequeños eran arrancados de sus madres, los ancianos y los enfermos eran arrojados sobre parihuelas, hombres y jóvenes mujeres eran agujoneados con las culatas de los rifles más y más adelante a lo largo del sendero cercado que conducía directamente hacia las cámaras, y las mujeres desnudas eran dirigidas con la misma brutalidad hacia otras barracas, donde se les rasuraba el pelo. Yo puedo decir con toda precisión en que momento cada uno de ellos comprendía que era lo que les aguardaba, y el terror, la desesperación, los gritos y los gritos horribles, mezclados con las notas de la orquesta. Los hombres eran conducidos primero, con bayonetas, estoqueados a medida que corrían hacia las cámaras de gas. Los askars (Ucranianos que colaboraban con los nazis) contaban 750 dentro de cada cámara. Al tiempo de haberse llenado las seis cámaras, la gente de la primera cámara ya había estado sufriendo durante unas dos horas. Tan sólo cuando el total de las seis cámaras estaba tan atestado de gente que resultaba difícil cerrar las puertas, se hacía arrancar el motor.

[...] Todas las mujeres eran rasuradas antes de ser asesinadas. Eran conducidas como un rebaño de ganado hacia las barracas, y el resto esperaba su turno afuera, desnudas y descalzas, aún en el invierno y en la nieve. Las lágrimas y la desesperación se apoderaban de las mujeres. Aquí es cuando comenzaban los gritos y las lamentaciones. Las madres apretaban a sus niños contra ellas, perdían la razón. Mi corazón se quebraba, cada vez, no podía soportar lo que veía. El grupo de mujeres rasuradas era conducido hacia delante y otras pisaban sobre el cabello de diferentes colores que cubría todo el piso de las barracas como una gruesa

alfombra de felpa. Una vez que todas las mujeres del transporte habían sido rasuradas, cuatro trabajadores utilizaban escobas hechas de tilo para barrer y reunir todo el pelo en una única pila multicolor, tan alta como la mitad de la habitación. Cargaban con sus manos el cabello en bolsas de yute y las enviaban al almacén.

[...] Yo pertenecía al personal de muerte permanente. Éramos en total unos quinientos. Solamente 250 eran "trabajadores capacitados", pero de estos, 200 trabajaban en labores para las cuales no se necesitaba ser un especialista: cavando fosas y arrastrando cadáveres. Nosotros cavábamos las fosas, las enormes sepulturas masivas, y arrastrábamos los cadáveres.

[...] Además de cavar las fosas, la tarea del personal de muerte era tirar de los cadáveres hacia fuera de las cámaras, arrojarlos en una gran pila, y luego arrastrarlos desde allí hacia las fosas. El terreno era arenoso. Se necesitaban dos trabajadores para arrastrar un cadáver. Teníamos correas de cuero con hebillas. Poníamos las correas sobre los brazos de los cuerpos y jalábamos. Las cabezas quedaban con frecuencia atrapadas en la arena. Teníamos la orden de arrojar los cuerpos de los niños pequeños sobre nuestros hombros de a dos por vez y llevárnoslos de esa manera. Dejábamos de cavar sepulturas cuando arrastrábamos cadáveres. Mientras cavábamos sepulturas, sabíamos que miles de nuestros hermanos se estaban asfixiando en las cámaras. Debíamos trabajar de ese modo desde temprano en la mañana hasta la caída de la tarde. El crepúsculo marcaba el final del día de trabajo, porque el "trabajo" se hacía solamente a la luz del día.

A las tres y media de la mañana, el centinela askar que caminaba alrededor de las barracas durante la noche ya estaba golpeando la puerta y gritando, "¡Arriba! ¡Afuera!" Antes de que pudiéramos salir de la cama, el gorila desalmado de Schmidt irrumpía y nos perseguía hacia fuera de las barracas con su fusta de montar. Corríamos hacia fuera con un zapato en la mano o descalzos. Habitualmente, no nos habíamos desvestido, y hasta dormíamos con nuestros zapatos, porque no hubiéramos podido llegar a vestirnos por la mañana.

Todavía estaba oscuro cuando nos despertaban por las mañanas; las luces no estaban permitidas. Schmidt corría por las barracas arremetiendo a diestra y siniestra. Cuando nos despertábamos, éramos tan miserables y estábamos tan exhaustos como cuando nos habíamos acostado a dormir. Cada uno de nosotros recibía una manta delgada, y podíamos cubrirnos con ella o bien ponerla sobre el camastro. Nos daban para vestirnos harapos viejos y gastados del almacén – y si alguno llegaba siquiera a suspirar cuando recogía los suyos, recibía un golpe en la cara.

Por la noche, se encendían las luces por media hora. Luego se apagaban. El Oberzugsführer merodeaba por las barracas con un látigo y no permitía que la gente hablara. Hablábamos muy quedo con nuestros vecinos.

El personal estaba constituido fundamentalmente por gente cuyas esposas, niños y mayores habían sido gaseados. Muchos se las habían arreglado para conseguir un talit [manto de oración] y tefilín [filacterias] del almacén, y después de que echaran el cerrojo a las barracas por las noches, en los camastros escuchábamos el murmullos de la oración de Kaddish [oración por el alma de los muertos]. Decíamos plegarias por los muertos. Después reinaba el silencio. No nos quejábamos; estábamos totalmente resignados. Quizás esos quince "Zugsführers" todavía tenían ilusiones; nosotros no teníamos ninguna.

Nos movíamos de un lado otro como seres que ya no tenían voluntad. Éramos una masa. Conozco algunos de los nombres, pero no muchos. Quién era quién, y cuáles eran sus nombres, en todo caso, eran asuntos que no provocaban más que una completa indiferencia. [...] Íbamos haciendo mecánicamente todos los movimientos de esa vida horrible.”

Extracts from: Rudolf Reder, *Belzec*, Fundacja Judaica Panstwowe Muzeum Oswiecim-Brzezinka, 1999, pp. 125-133.



With the help of the Conference on Jewish Material Claims Against Germany, Inc